

ARTÍCULO ESPECIAL



Gac Med Bilbao. 2020;117(2):111-112

Ideas y creencias

Ideiak eta sinemenak

Ideas and beliefs

El filósofo austríaco Wittgenstein, tantas veces citado como interpretado a beneficio del que interpreta, escribió poco antes de morir unas notas sobre la certeza que son fuente de entender y de entendernos. Distinguía el genial y novelable filósofo entre los conocimientos que habitualmente tenemos, tanto en la vida como en la investigación científica, de aquellas creencias inconmovibles sin las cuales no podríamos vivir. Un ejemplo de lo primero es, valga el simple ejemplo, que estoy escribiendo y que otros lo leerán, valga la presunción. Un ejemplo de lo segundo, la certeza de que estoy en el mundo o que si soy un humano seré capaz de hablar. Su blanco de críticas iba contra otro filósofo, este más bien aburrido, Moore, para quien lo que importaba era el sentido común, lo que le llevaba a afirmaciones parcialmente triviales como la de que si me preguntan si tengo dos manos, levanto una y luego otra con lo que se acabó la cuestión. Wittgenstein no fue en todo lo que tocó ni parcial ni trivial. Lo expuesto concuerda con lo que en España Ortega y Gasset escribió con el título de *Ideas y creencias*. Las primeras corresponden a las afirmaciones o ideas corrientes. Las segundas a aquellos supuestos sin las cuales no podrían tener lugar las ideas que compartimos todos los días. Si del austriaco y del madrileño descendemos a ejemplos más concretos y cercanos, me fijare en dos. Y tienen que ver con que a veces incluso aquellas creencias tan fundamentales pueden tambalearse. Yo paso un pánico que a nadie se lo deseo si monto en un avión. Cuando he pasado a cabina ese terror prácticamente ha desaparecido. Me aseguran que todo es tan normal, o menos peligroso que ir en coche, y me siento repentinamente seguro. Y es que la seguridad y la certeza van juntas. El segundo tiene que ver con el sicoanálisis. Dios libre de ponerlo en cuestión. No me convence

mucho pero no es el lugar para meterme ni con el sicoanalista ni con el sicoanalizado. En cualquier caso, no son pocos los que salen contentos y con la sensación de haberse librado de algún trauma perturbador. Las creencias básicas han salido fortalecidas y, en consecuencia, la vida les será más soportable. Aun podríamos añadir otro caso en el que la diferencia entre las ideas y las creencias, en términos orteguianos, no es nada fácil de trazar. Se trata del amor-pasión. Desde luego quien sea capaz de hacernos un dibujo tranquilizador de dicho amor, se merecería más que un Nobel. El hecho es que personas que creen estar totalmente enamoradas, en un lapso mínimo de tiempo se despiertan desenamorados. O, por el contrario, quien piense que está ante un amigo o una amiga se siente repentinamente enamorado. Aprovecho la ocasión para decir que es posible y deseable estar muy enamorado y no caerse nunca de esa pasión. Quede anotado.

Los expuesto hasta el momento recuerda lo que decían los escolásticos, aquellos teólogos que emplearon toneladas de talento en hablar de lo que desconocían. Tarea, como se ve, entre absurda e imposible. Insistían con firmeza en que somos finitos, contingentes. Dicho en un lenguaje más a mano, que somos frágiles, vulnerables, efímeros y que la vida nos sorprende, vapulea y nos debería colocar en las limitadas capacidades que poseemos. Y que, por cierto, hay que aprovechar. Porque lo único que tenemos es la vida y no una antívida o transvida. Lo curioso, sin embargo, es que algún acontecimiento inesperado nos tenga que despertar y recordaros que no vivimos ni en el cielo ni en el infierno sino en el mundo. Y dos enseñanzas a reseñar. La pandemia viral reciente se produce en un momento en el que algunos pensaban que estamos a punto de convertirnos en lo que

Nietzsche llamó “superhombre” y que las nuevas tecnologías han bautizado como “trashumanismo” o “singularidad”. La especie humana habría parido una especie superior. El recuerdo de la citada fragilidad debía servirnos no ya para dejar de investigar y progresar sino para reconocer que de infinitos no tenemos nada. Y por otro lado que si por un lado se disparan los posibles bienes de la ciencia, por otro, se disparan en sentido contrario los índices de pobreza e indigencia.

No esta en mi ánimo buscar la fórmula que coloque al individuo y al conjunto de individuos en su lugar. O, mejor, en el único lugar que está es en mi ánimo. Desde ahí solo diré que únicamente una comunidad universal

de seres libres que, por libres, se dispongan a liberar a la humanidad entera, sería la solución adecuada. Y esto es tanto una ideal idea como una cada día más arraigada creencia.

Javier Sádaba Garay

23 de junio de 2020

Madrid. Comunidad de Madrid. España

Filósofo.

Catedrático emérito. Universidad Autónoma de Madrid